

# AMOR

Poemas Novelescos



«El Pajecillo y la Dama»

POR

Melitón Amores González



DG  
A

MÉLITON AMORES GONZÁLEZ

# AMOR

PEQUEÑA COLECCIÓN DE POEMAS NOVELESCOS

Con licencia eclesiástica

ASTORGA:

Imp. y Lit. de Nicesio Fidalgo

1923



R. 76876

C. 1121783  
E. 97705

MERITON AMORES BENEJALÉN

A M O R

PRIMERA COLECCIÓN DE FORMAS NOVELADAS

Con licencia editorial

ANTORGA,  
Imp. y Ed. de Nicasio Valdés

1953



# EL AMOR



## EL AMOR



---

# EL AMOR



Brava y oscura cual las duras penas  
era una noche del nevado invierno:  
bramaba roncó el vendabal furioso,  
rugía el huracán, silbaba el viento  
y la lluvia a torrentes descendía;  
vibraba el rayo en el espacio inmenso,  
y el trueno retumbaba en las montañas,  
llenando al alma de pavor y miedo.

Impávido vagaba por las sombras  
de esa noche sin luz, hogar, ni cielo,  
desnudo y solitario  
un tierno niño angelical y bello  
de ojos rasgados de mirada ardiente  
como las sombras de la noche negros,  
suelos al aire los flotantes rizos  
de su blondo y gentil rubio cabello,  
armado de arco y flechas  
en aljaba de rico terciopelo,  
con alas finas de nevadas plumas  
con que raudo y veloz vuela ligero.

Parece más bien ángel o querube  
que tierno niño aquél audaz mancebo.

Destácase en las sombras un alcázar,  
acabado ejemplar de arte arabesco,  
de cien cuadradas torres,  
de cien arcos esbeltos,  
de almenas, miradores, y ajimeces,  
que le dan impresión de alcázar regio.

En un amplio recinto  
de aquel palacio inmenso  
soñaba sin soñar una princesa  
recostada febril en blando lecho,  
devorando en silencio la amargura  
de haber perdido ya su amor primero.  
Formábase ilusiones,  
fabricaba castillos en el viento,  
y juraba olvidarse para siempre  
de aquel amor que parecióle un sueño;  
y juraba no amar jamás a nadie,  
y en esta decisión quedó durmiendo...  
y soñaba... soñaba.. la princesa ..  
soñaba odios y soñaba celos. .

Ante las puertas del dorado alcázar  
detúvose el mancebo,  
y sacando una flecha de su aljaba  
la puso en su arco a disparar dispuesto;  
mas antes desgranó de sus canciones  
con argentina voz dulces arpegios



y a la rubia y gentil princesa hermosa  
esto cantó que repetía el eco:

«Abre, princesa, tus puertas,  
que hoy te visita el Amor;  
si me las dejas abiertas  
ahuyentarás tu dolor.»

Y soñaba... soñaba... la princesa.  
pareciéndole oír allá en el sueño  
la dulce y armoniosa voz de un ángel  
que hubiera descendido de los Cielos.

El eco de los montes repetía  
el dulce canto del audaz mancebo:

«Abre, princesa, tus puertas,  
que hoy te visita el Amor;  
si me las dejas abiertas  
ahuyentarás tu dolor.»

Al oír este cántico armonioso  
la princesa se sale de su lecho,  
y oculta tras los góticos cristales  
siguió escuchando el amoroso acento;  
vibró el rayo encendido,  
rugió en las nubes pavoroso el trueno,  
y a la luz centellante de aquel rayo  
divisó al niño angelical y bello  
que prosiguió su canto  
ante las puertas del alcázar regio:

«Asómate, princesita,  
y oye mi dulce canción;  
si recibes mi visita  
sanará tu corazón.»

Abrió la princesita los cristales  
de su ajimez y preguntó al mancebo:

«¿Quién ante mis puertas canta  
con tan angélica voz?  
¿De quién es esa garganta  
que de tal modo cantó?»

Dirige el niño hacia la dama el arco  
y una flecha lanzó con tal acierto  
que a la gentil doncella  
clavósele en el pecho.

Y cayó la princesa desmayada  
dentro del aposento,  
en tanto que aquel niño  
a la ventana remontó su vuelo,  
y haciéndola volver de su desmayo  
le dijo el traicionero:

«Princesita, ya eres mía,  
cautiva eres del Amor:  
si a mí me tienes, confía  
que has de vencer tu dolor.»

«¿Quién erestú, pregunta la princesa,  
quién eres que en el alma me has herido?»

¿Qué tiene aqueste dardo que atraviesa  
mi triste corazón que lo ha rendido?

¡Qué dulce herida la que me has hecho  
al clavarme tu dardo en el pecho..!

¡Dime quién eres, bien de mi vida,  
que me has abierto tan dulce herida!

— «Soy un destello del Amor Divino  
que he descendido de los altos Cielos;  
soy un errante y vago peregrino  
cargado de esperanzas y consuelos.

Soy rayo de la Esencia Creadora,  
luz y calor del alma atribulada  
de la dicha y ventura deseada  
la naciente, feliz, fúlgida aurora.

Soy una chispa del Amor inmenso  
que en las obras de Dios brilla y fulgura;  
soy la oración que eleva el alma pura  
hasta Dios como el humo del incienso.

Yo soy aquella mano bienhechora  
que bajo el velo de una toca blanca  
sólo por caridad la pena arranca  
de un triste corazón a quien devora;  
la que cura paciente toda herida  
de la humana laceria,  
la que consume su preciosa vida  
en desterrar el hambre y la miseria;

la que socorre al pobre y desvalido,  
la que cuida del hijo abandonado  
que fué fruto nacido  
de torpe amor y de mortal pecado.

Soy el bien infinito,  
soy la nostalgia de la patria amada,  
soy el recuerdo del hogar bendito  
y soy la paz de la conciencia honrada.

Soy el llanto del alma dolorida,  
soy el cariño de la amante esposa,  
soy el beso de madre cariñosa,  
soy placer y deleite de la vida.

Soy de la madre el amoroso canto  
que arrulla inquieta de su niño el sueño;  
soy el dulce beleño  
que calma siempre de la pena el llanto.

Soy el beso primero que da el niño  
de su madre en el plácido regazo,  
soy el último adiós y último abrazo  
que al borde de la vida  
da al hijo muerto el maternal cariño  
como broche de eterna despedida.

Soy el amor que tú adoras,  
soy la pena que tú lloras,  
soy el ángel de tu hogar;  
sin mí la vida es hastío,  
es locura, es desvarío,  
es un continuo penar.

Yo soy consuelo, soy esperanza,  
yo soy belleza, soy armonía,  
yo soy ventura, soy bienandanza,  
yo soy la dicha, soy la alegría.

Yo soy la gloria, soy la fortuna,  
soy luz y sombra, fuego y calor;  
soy de los hombres féretro y cuna,  
¿no me conoces..? Soy... el Amor.

· · · · ·  
Esto dijo aquel niño a la princesa  
y con sus alas remontó su vuelo  
cual leve mariposa  
por el espacio inmenso...  
Ya no vibraba el rayo, ni se oía  
el ronco ruido del rodar del trueno.  
Quedó encantada la gentil doncella  
y exánime cayó en su blando lecho,  
y bajo el peso de letal fatiga  
en brazos se entregó de un dulce sueño.

· · · · ·  
Y soñaba... soñaba... la princesa,  
soñaba para siempre amor eterno...

---

Yo soy conchelo, soy esperanza,  
 Yo soy belleza, soy armonía,  
 Yo soy ventura, soy bienandanza,  
 Yo soy la dicha, soy la alegría,  
 Yo soy la gloria, soy la fortuna,  
 Yo soy la luz y sombra, tengo y castigo,  
 Soy de los hombres letrados y castigos,  
 ¿no me conoces? Soy el Amor, en tal me voy  
 . . . . .  
 Hizo dijo aquel niño a la princesa  
 y con sus alas remontó en vuelo  
 cual leve mariposa  
 por el espacio humano  
 Y no vibraba el rayo, ni se oía  
 el roncó ruido del trueno,  
 Quedó encantada la gentil doncella  
 y exultante cayó en su blando lecho,  
 y bajo el peso de fetal fatiga  
 en brazos se entregó de un dulce sueño.  
 . . . . .  
 Y soñaba... soñaba... la princesa,  
 soñaba para siempre amor eterno...







---

---

# El Príncipe Juglar

.....

Hubo un príncipe gallardo  
en cierta corte imperial  
que era envidia de las damas  
por lo hermoso y lo galán.  
Jugaba cañas en fiestas  
y era diestro en pelear,  
era en las guerras valiente  
y cortés en la ciudad.

El emperador su padre  
le quería esposa dar,  
y un día reunió las damas  
en su salón imperial,  
porque el Príncipe escogiera  
la que le agradara más.  
Todas al Príncipe agradan  
porque es príncipe galán,  
y todas las damas quieren  
con el Príncipe casar;

mas no sabiendo escoger  
propone el Príncipe un plan:  
que se consulte su horóscopo,  
y este le habrá de indicar  
entre todas las doncellas  
la que su esposa será.

Todas las damas aceptan  
del joven Príncipe el plan,  
y en aquel instante llaman  
al mago de la ciudad  
cuyos augurios tenían  
un renombre universal.

Vino el mago, y cuando el rey  
le dió licencia de entrar,  
haciendo varias zalemas  
a la imperial Majestad,  
al Príncipe y a las damas,  
llegó ante el trono imperial.

Después el emperador  
así al mago empezó a hablar:

«Quiero, mago, que nos digas  
qué doncella es la que está  
destinada para esposa  
del heredero imperial.  
Todas las damas le agradan  
y todas quieren casar  
con él, pero no sabiendo  
cuál la elegida será

ha preferido el Infante  
su horóscopo consultar;  
espero, mago, saber  
de tu ciencia la verdad;  
si sale cierto tu augurio  
mi recompensa tendrás,  
pero si mientes o engañas  
la vida te ha de costar.»

Sacó el mago un pergamino  
en donde escritos están  
jeroglíficos, figuras,  
cifras, signos y demás,  
y después de breve pausa,  
con misterioso ademán  
miró a todas las doncellas  
que hay en la sala imperial,  
y volviéndose hacia el trono  
así habló a Su Majestad:

«Hace, Señor, varios años  
que tengo estudiado ya  
el horóscopo del Príncipe  
y aquí sus signos están.»

Era un silencio imponente  
el de la sala imperial.  
Desenrolla el pergamino  
el mago y vuelve a mirar  
a las doncellas que escuchan  
con gran temor y ansiedad,  
y leyó en aquellos signos  
el horóscopo fatal:

«Estrella grande y fulgente  
la del Príncipe imperial,  
de tono verde: ¡Esperanza!  
Indica que en ella está  
su dicha, que una princesa  
le espera sin desmayar.

Le ama ya sin conocerle  
y espera con ansiedad  
que llegue un soñado Infante  
que la habrá de libertar.

Esta dama bella y buena,  
de noble sangre real,  
vive en país muy remoto  
y a las orillas del mar  
en un palacio encantado  
de pedrería y cristal;  
pero para libertarla  
luengas tierras andará  
el Príncipe más de un año  
disfrazado de juglar.

Cuando cante ante el alcázar  
que le sirve de fanal,  
la princesa que le espera  
saldrá al balcón a escuchar;  
aunque ignore otros detalles,  
esta es la mejor señal.  
Esta es la dama que Dios  
tiene destinada ya

para esposa del Infante  
que quereis, Señor, casar.»

Así habló el mago causando  
en el salón imperial  
gran desencanto en las damas,  
sorpresa en Su Majestad,  
y alegría en el Infante  
que se disponía ya  
a buscar a la princesa  
disfrazado de juglar.

## II.

A orillas del mar situado  
hay un palacio encantado  
por lo hermoso y lo ideal,  
que es alcázar fabricado  
de pedrería y cristal.

En ese palacio habita,  
devorando amarga cuita,  
con sus doncellas de honor,  
una linda princesita  
cautiva de un hondo amor.

En sus plácidos ensueños,  
fantásticos y halagüenos  
de quimera y de ilusión  
ha cifrado sus empeños  
en un noble corazón.

Dice que el de un noble Infante,  
sincero, honrado y amante,

late del suyo a compás,  
y que le espera anhelante  
sin desconfiar jamás.

Y aunque ella no desconfía.  
pasó un día y otro día  
y más de un año pasó,  
y el príncipe no venía  
como la dama soñó.

Pero ella siempre le espera  
y hace su dolor más cruel,  
que el que espera desespera,  
y ya la dama quisiera  
ver al príncipe doncel.

¡Triste está la princesita,  
su rostro pálido está,  
y es más amarga su cuita;  
que no viene la visita  
que espera..! ¿Cuándo vendrá..?

Y a las auras y a las flores,  
a la luz y a los colores,  
les dá a saber su dolor,  
y le responden: ¡No llores,  
que pronto vendrá tu amor!

### III

Ante el palacio encantado  
de la princesa real  
un juglar enamorado  
cantó un bello madrigal.

Agradó a la princesita  
la enamorada canción  
y, «¡Qué canción más bonita!»,  
dijo, saliendo al balcón.

«¡Salió el sol de mi ventura!»,  
dijo al mirarla el juglar,  
y con más honda ternura  
volvió de nuevo a cantar:

«Vengo a buscaros, señora,  
para una corte mejor,  
que si sois princesa ahora  
reina seréis del amor.

Que allá en la corte en que vivo  
hay un príncipe doncel  
que por vos está cautivo  
como lo estais vos por él.

El y vos por desventura  
estais heridos de amor,  
y uno y otro la amargura  
bebiendo estais del dolor.

Traigo el mensaje, señora,  
de suplicaros por él  
que vengais conmigo ahora  
a ser flor de su vergel.

No os quiere solo por bella,  
como podeis presumir,  
sino porque una es la estrella  
que os quiere a los dos unir.

Y hasta que el amor impere  
no tendreis dicha los dos,  
porque está escrito que quiere  
unir vuestras almas Dios.»

«¿Quien sois vos, buen mensajero?  
—dijo la dama al juglar—  
Decidme quién sois, que quiero  
saber a quién he de amar.»

«Soy un trovador errante  
que al compás de mi laud  
vengo cantando galante  
la fama de tu virtud.»

Me dijeron que sois bella  
y amais sin saber a quién...  
¡Bien favorable es mi estrella  
que me hace ver tanto bien!

Me sé también que sois buena,  
recatada y de pudor,  
y de candor estais llena  
que es la belleza mejor.

Por eso vengo cautivo  
de vuestro amor a decir,  
que sin vuestro amor no vivo...  
¡que no me dejeis morir..!

Habeis de ser la dulzura  
de mi reino y de mi hogar,  
y para hallar tal ventura  
me disfracé de juglar,



No me negueis el tesoro  
del amor y de la fé,  
ya que rendido os adoro  
cuando mi ventura hallé.

Porque aunque me veis ahora  
errante y pobre juglar,  
soy el Príncipe, señora  
que su amor viene a buscar».

Inundada de alegría,  
rompió la dama a llorar,  
y en su llanto le decía  
así al Príncipe juglar:

«Vos sois el príncipe amante  
que yo esperaba anhelante  
llena de loca ilusión;  
el que en quimérico sueño  
fingí que sería el dueño  
de mi triste corazón.

Abrid las puertas, doncellas,  
para que pase por ellas  
este Príncipe juglar;  
que Amor cumplió su destino  
y ha venido peregrino  
a mis puertas a llamar.

. . . . .  
. . . . .

Y en el palacio encantado  
de la princesa real  
el juglar enamorado  
cantó un nuevo madrigal.



No me neguéis el tesoro  
 del amor y de la fe,  
 ya que rendido os adoro  
 cuando mi ventura hallo.

Porque aunque me veis ahora  
 errante y pobre jugar,  
 soy el Príncipe, señora,  
 que su amor viene a buscar.

Inundada de alegría  
 rompió la dama a llorar,  
 y en su llanto le decía  
 así al Príncipe jugar:

«Vos sois el príncipe amante  
 que yo esperaba anhelante  
 llena de loca ilusión;  
 el que en primer año  
 fingí que sería el dueño  
 de mi triste corazón.

Abrid las puertas, honcellas,  
 para que pase por ellas  
 este Príncipe jugar;  
 que Amor cumplió su destino  
 y ha venido perseguido  
 a mis puertas a llamar.

Y en el palacio encantado  
 de la princesa real  
 el jugar encantado  
 cantó un nuevo madrigal.

# El Pajecillo y la Dama

## EL PAJECILLO Y LA DAMA

El Pajecillo y la Dama  
se casaron y se casaron  
y se casaron y se casaron  
y se casaron y se casaron.

El Pajecillo y la Dama  
se casaron y se casaron  
y se casaron y se casaron  
y se casaron y se casaron.

El Pajecillo y la Dama  
se casaron y se casaron  
y se casaron y se casaron  
y se casaron y se casaron.

El Pajecillo y la Dama  
se casaron y se casaron  
y se casaron y se casaron  
y se casaron y se casaron.



---

# El Pajecillo y la Dama

•••••

## I.

Junto a los limpios cristales  
de su gótica ventana,  
sentada mirando al mar  
está una tarde la dama.

Es una joven hermosa  
de belleza extraordinaria,  
de noble y alto abolengo,  
muy honesta y recatada.

Pálida y triste se encuentra,  
de gran pesar llena el alma,  
porque está enferma de amores  
cuyo mal a todos calla.

Es un amor imposible;  
pues el galán que ella ama  
a otra dama también noble  
tiene dada su palabra.

Ella puso en él sus ojos,  
su corazón y su alma,  
porque de sus buenas prendas  
desde niña está prendada.

Juntos pasaron los días  
más felices de su infancia,  
juntos jugaron mil veces  
en el jardín de su casa;

pero, torpe o ambicioso,  
no ha comprendido a la dama,  
y la dama sufre ahora  
el desprecio y su desgracia.

Es hoy el niño de entonces  
un capitán de la Armada  
y está próximo a embarcar  
para tierras muy lejanas.

Por eso la dama mira  
hacia el muelle o a la playa  
a través de los cristales  
de su gótica ventana.

---

Junto a la dama sentado  
está su paje de sala,  
el único que la sirve  
y único que la acompaña.

Es un pajecillo joven  
de presencia muy gallarda,  
tan ingenio que a sus ojos  
asoma siempre su alma;

un pajecillo muy noble  
y muy leal a su dama,  
que siente pena por verla  
enfermiza, triste y pálida.

Y para hacerla ahuyentar  
su dolor y su desgracia,  
unas veces habla y ríe,  
otras le reza o le canta,

otras le cuenta leyendas  
de princesas encantadas,  
o cuentos de enamorados,  
de príncipes y zagalas,

de aldeanos y guerreros,  
de pajecillos y damas  
que él desde niño aprendió  
en romances y baladas.

El apuesto pajecillo,  
que ríe y habla con gracia,  
tiene muy bien merecida  
de su dama la confianza

Tan bien a su paje ella  
le tiene ganada el alma,  
que él su vida le daría  
si ella la necesitara.

Siente pena al ver tan triste  
a su señora y su dama...  
y cariñoso y afable  
le dirige estas palabras:

«¿Qué teneis, señora mia,  
que estais tan preocupada..?  
¿Porqué estais enferma y triste?  
Decid: ¿Qué pena os embarga?»

Contadme vos vuestras penas,  
que yo haré por aliviarlas.  
¿Porqué teneis siempre fijas  
hacia el mar vuestras miradas?»

Mucho tiempo así llevais  
enfermiza, triste y pálida,  
sin que descubrais a nadie  
de vuestra pena la causa.

¿Acaso el paje ha perdido  
de su dama la confianza?  
¿No os alegra ya su vista,  
ni su afecto ni su charla?»

¿Quereis que baje, señora,  
al jardín de vuestra casa  
y en el dorado azafate  
las flores más bellas traiga?»

¿Quereis que esas mariposas  
que al sol levantan sus alas  
vengan a libar el néctar  
en vuestros labios de grana?»

¿O esas otras que a la luz  
vuelan y en ellas se abrasan,  
¿a la luz de vuestros ojos  
vengan a morir quemadas?»



¿Quereis que vaya a esos montes  
y os traiga abundante caza?

¿Quereis, señora, que os cante  
una amorosa balada?

¿Quereis...? Decidme, señora,  
lo que en vuestro obsequio haga,  
que quiero arrancar la pena  
que está minando vuestra alma.

¿Es vuestro mal de amores  
que vuestra vida amenaza..?  
Decidlo, señora mia,  
que yo quitaré la causa.

¿Quereis que os cuente, señora,  
de una dama enamorada  
una preciosa leyenda  
que aprendí yo allá en mi infancia?»

A la dama no distrae  
del pajecillo la charla,  
que está rumiando su pena  
en el fondo de su alma,

y ni le presta atención  
a su donaire y su gracia,  
ni aparta nunca del mar  
su atención y su mirada.

Luego que el paje acabó  
de hablar le dice la dama:  
— «¡Mira, mira, pajecillo,  
aquel buque que se marcha..!

¡Ay! ¡Quién pudiera marchar  
en él a tierras lejanas..!

Y dió un suspiro muy hondo  
en que puso toda el alma.

.....  
Calló el paje adivinando  
de sus tristezas la causa  
y vió dos perlas nacer  
en los ojos de su dama.

## II.

A través de los cristales  
miraba la dama enferma  
hacia la orilla del mar  
otra tarde como aquella.

Acompaña el pajecillo,  
como entonces a su dueña,  
porque a la dama le es siempre  
agradable su presencia;

porque el paje la distrae  
con sus cuentos y leyendas,  
porque le endulza las horas  
y le consuela en su pena;

porque siente de su dama  
la amargura y la tristeza,  
porque siente su dolor  
el paje y sufre con ella.

Por eso quiere la joven  
que esté siempre en su presencia  
el paje, y que la acompañe,  
para que aliviarle pueda

la fuerza de su quebranto,  
la amargura de su pena,  
con su canto, con su charla,  
con sus cuentos y leyendas;

que va aumentando el afecto  
que el paje siente por ella,  
y ella cada vez le quiere  
con más calor y más fuerza.

—  
«Cuenta, cuenta, pajecillo,  
—afable dice la enferma—  
cuéntame, que me distraiga  
alguna de tus leyendas.»

El pajecillo gozoso  
hablóle de esta manera:

«En una ciudad había,  
según cuenta la leyenda,  
como vos, la mi señora,  
una noble dama enferma.

Su mal era mal de amores  
que con amor se remedia  
cuando es amor imposible  
como el de la dama aquella.

Amaba a un noble mancebo,  
y capitán, por más señas,  
que estaba para casarse  
con otra noble doncella.

Aquella dama sufría  
muy en silencio su pena...  
Pero... ¿Qué teneis, señora?  
¿No os agrada la leyenda?

—Sigue, sigue, pajecillo,  
que me divierte y me alegra.

— Si os veo tan preocupada,  
tan nerviosa y tan inquieta..!

— Sigue, sigue, que ese cuento  
por ser tuyo me interesa.

—Pues, como digo, sufría  
muy en silencio su pena  
sin descubrir a ninguno  
la causa de sus tristezas.

Triste pasaba los días,  
triste las noches y en vela,  
porque el amor no descansa  
y el amor la puso enferma.

Nada a la dama divierte,  
nada a la dama consuela;  
que amor no correspondido  
es mal de mucha tristeza.

La dama un paje tenía  
que su amor tenía en ella,  
y no hubo en el mundo riesgo  
que por ella no corriera.

Ella amaba mucho al paje,  
porque con ella su pena  
compartía, y la alegraba,  
procurando distraerla,

con su charla y con su canto,  
con sus cuentos y leyendas,  
como yo, señora mía,  
al veros triste y enferma.

Si no os agrada, señora,  
pronto callará mi lengua;  
que no es bien que yo os moleste  
cuando alegraros quisiera.

—Sigue, sigue, paje mio,  
tu fantástica leyenda;  
que tu cuento me distrae,  
y tu charla me recrea,

y se calma mi amargura,  
y se alivian mis tristezas;  
pues vas contando mi historia  
como yo misma lo hiciera.»

Al oirla el pajecillo  
fingió con esto sorpresa  
y le dijo: «¿Vos, señora,  
estais de amores enferma?»

¿He adivinado la causa  
de vuestra amarga tristeza?..»

—Sigue, sigue, ya veremos  
en qué acaba la leyenda.

«—Pues un día el capitán  
casó con la otra doncella  
y embarcó en un bergantín  
para muy lejanas tierras.»

Al decir esto la dama  
ahogó un grito de sorpresa  
y le dijo al paje: «Sigue...  
¿Que fué de la dama enferma?»

«— Cuando vió la noble dama  
sus esperanzas ya muertas,  
ahogó dentro de su pecho  
su enfermedad y su pena

y lloró por varios días  
su desgracia y su tristeza  
que su paje consolaba  
con sus cuentos y leyendas.

Y, concentrando en su paje  
el amor que antes tuviera  
al capitán, halló en él  
el remedio de su pena.»

—¿Y qué-preguntó la dama-  
qué fué de la dama enferma?»

«—Que se casó con su paje  
y al punto acabó su pena.»

—¡Pajecillo picaruelo,  
bien inventas, bien inventas!  
¡Si ese cuento no es verdad  
merecía que lo fuera.!

Has inventado tan bien  
la trama de esta leyenda.  
que es la historia de mi vida  
la que presentas en ella.»

«—Eso os indica, señora,  
que, aunque muda vuestra lengua,  
he logrado adivinar  
la causa de vuestra pena;

que el amor es adivino  
cuando tan hondo se encierra  
como el que siento por vos  
sin que del pecho saliera

hasta hoy, señora mía,  
en que forjé esta leyenda  
para deciros mi amor  
y aliviar vuestras tristezas;

pues yo también, mi señora,  
iba sintiendo la pena  
de no poderos decir  
lo que os dije en la leyenda.

Consolad ahora a mi alma,  
vos, señora, que está enferma,  
enferma de mal de amores  
como lo estaba la vuestra,

y pronuncien vuestros labios  
una palabra siquiera  
que sea de amor constante  
sincera y dulce promesa,

y acabe con nuestro amor  
la causa de nuestra pena;  
que amor no correspondido  
es mal de mucha tristeza.

Vos lo habeis dicho, señora,  
y habeis dado la sentencia:  
«¡Si ese cuento no es verdad  
merecía que lo fuera..!»

Y vuestro amor y mi amor,  
el uno del otro sea  
la medicina que cure  
el mal de nuestra alma enferma.»

Calló el paje y quedó inmóvil  
sumido en honda tristeza,  
y en los ojos de su dama  
vió nacer otras dos perlas.

.....



Hubo un silencio profundo  
lleno de emoción intensa;  
dos corazones se oía  
latir con la misma fuerza:

El paje se halla impaciente  
como mendigo que espera;  
la dama enjuga su llanto  
con su pañuelo de seda,

y al fin, rompiendo el silencio,  
entre turbada y serena,  
dijo con voz apagada  
y con gran delicadeza:

«¡Si ese cuento no es verdad..  
los dos haremos que sea..!»

—  
Y dicen viejas historias,  
y cuentan crónicas viejas  
que siempre fueron felices  
el paje y la dama enferma.

Hubo un silencio profundo

lento de empuje intenso;  
 los corazones se oían  
 latir con la misma fuerza.

El paje se había impaciente

como mendigo que espera;  
 la dama enjuna su llanto  
 con su pañuelo de seda.

Y él se rompió el silencio

entre turbada y serena  
 dijo con voz apurada  
 y con gran delicadeza:

«Estos cuantos no es verdad

los dos poemas que son?»

Y él con voz delicada

y con voz serena y dulce  
 que él sabía ya con la vida  
 el paje y la dama en silencio.



LA TORRE MISTERIOSA

# La Torre Misteriosa

## I.

Sobre granítica roca,  
en una región lejana,  
hay una torre sombría  
que a orillas del mar se alza.  
Las olas besan su pié  
y le arrullan o le cantan,  
ya cuando el mar se enfurece,  
ya cuando el mar está en calma;  
pero a veces la combaten  
con furia desesperada,  
y al combatirla la cubren  
con vestidura de plata;  
porque al romperse las olas  
contra la roca es' relladas  
la torre y peña rodean  
de su hirviente espuma blanca.

Así la torre está siempre  
por la mar amenazada,  
como si la mar quisiera  
con sus olas derribarla.

Pero la torre resiste  
de la mar las oleadas,  
y de los vientos la furia,  
y de las nubes el agua,  
y del tiempo la inclemencia,  
y de los hombres la saña.  
¡Parece que vela el Cielo  
por la torre y lo que guarda!

Las gentes de aquel país  
«Torre misteriosa» llaman  
a la torre, porque ignoran  
lo que esconde en sus entrañas.  
Nadie sabe lo que encierra  
aquella torre cuadrada,  
aunque hay algunos rumores  
acerca de lo que guarda.

Unos dicen que está en ella  
prisionera una sultana  
a quien en la guerra el rey  
por su suerte la hizo esclava;  
otros dicen que allí vive  
una princesa cristiana  
contrariada en sus amores,  
y por ellos castigada,

por su padre el rey, que quiere  
con otro rey desposarla;  
otros que es de la nobleza  
una linajuda dama;  
en fin, que ninguno sabe  
lo que aquella torre guarda.  
Sólo se sabe que el rey  
ha mandado fabricarla  
y bajo pena de muerte  
tiene prohibida la entrada;  
ni aun acercarse permiten  
los soldados que la guardan:  
dos centinelas que ejercen  
con rigor su vigilancia.

## II.

Desde que el sol moribundo  
se esconde bajo las aguas  
del mar, en donde parece  
que se sepulta y se apaga,  
todas las noches se oye  
misteriosa, triste y clara,  
como doloridos ayes,  
como suspiros de un alma,  
la triste canción que entona  
un alma desventurada  
con una voz que parece  
mejor divina que humana,

cuya música más bella  
es el rumor de las aguas  
y cuyo canto repite  
el eco de las montañas  
que el mar contienen, y el viento  
que la lleva entre sus alas.

Una canción amorosa,  
canción de dulce añoranza,  
mezclada de doloridas  
y tristes quejas amargas,  
que suena grata al oído  
que hiere al fondo del alma  
en el augusto misterio  
de la noche tan callada...

Es una voz de mujer  
que su pena llora y canta  
y que al viento da sus quejas  
para endulzar su desgracia,  
porque en la prisión parecen  
las noches mucho más largas.

Las gentes creen que está loca  
y por eso está encerrada;  
por lo cual la compadecen  
las gentes de la comarca  
y le dan el triste nombre  
de «La Loca enamorada»;  
y por las noches acuden  
a escuchar desde la p'aya,



esta canción amorosa  
que la pobre «loca» canta:

«¡Por los amores de un caballero  
que de los míos es prisionero  
en esta torre  
cautiva estoy!  
¡Que desgraciada mi triste suerte!  
¡Ya nada espero! ¡Sólo la muerte  
negra y traidora  
me acecha hoy!

De un padre fiero sufro las iras  
por tí, amor mio, por tí que inspiras  
dulce y suave,  
casto el amor.

Mas ¿qué me importan estos rigores  
Con tal que logre yo tus amores,  
para sufrirlos  
tendré valor.

· Cuando a mi lado yo te veía...  
¡qué afortunada yo me sentía!

¡Oh, qué dichosa!

¡Oh, qué feliz!

pero ahora ¡triste! sin tus miradas,  
sin tus promesas enamoradas...

¡Ay, qué abatida!

¡Cuán infeliz!

Mas de ser tuya tengo esperanza  
y de que un día tu fuerte lanza  
de este martirio  
libre a los dos;  
que, aunque la ira del rey me arguya  
de necia o loca, he de ser tuya,  
¡tuya por siempre!  
¡tuya y de Dios!

¡Ven amor mío, ven, caballero!  
¡Ven a esta torre, donde me muero  
de pena y llanto  
sin tu favor!

¡Ven a mi lado, que yo te vea!  
¡Ven, y que tuya mi suerte sea!  
¡Ven a librarme  
lleno de amor!

¡Ven, amor mio, ven y conjura  
esta que siento cruel amargura!  
¡Oye mis quejas!  
¿No las oirás..?

¡Ven, que ya espero con ansia el día  
en que se cambie mi suerte impía!  
¡Ven amor mio!  
¿Cuándo vendrás..?»

«¡Pobre loca, pobre loca!  
¡Infeliz, desventurada...!»  
exclaman aquellas gentes  
luego que su canto acaba.

Pero ella vuelve a su canto  
que repite entusiasmada  
muchas veces, muchas veces,  
sin cesar y no se cansa,  
como si en él el remedio  
de sus penas encontrara.

### III.

Hay en la corte del rey  
un apuesto caballero  
de la mas alta nobleza  
que es la gala de aquel reino.

Es valeroso, gallardo,  
galán, aguerrido, esbelto.  
de altos bríos y buen porte,  
de prestigio y de talento.  
Es joven y sabe bien  
de las armas el manejo,  
y en jugar cañas y lanzas  
en las justas y torneos,  
lo mismo en escaramuzas  
que en los combates sangrientos,  
siempre sale victorioso,  
siempre, siempre es el primero  
y siempre a la hija del rey  
ha brindado sus trofeos,  
porque piensa que ella sea  
de sus victorias el premio.

Locamente enamorada  
de este noble caballero  
estaba la princesita  
que de su padre a despecho  
despreciaba los amores  
de un príncipe de otro reino.

Ni las razones y halagos,  
ni amenazas y consejos  
obligan a la princesa  
a desistir de su empeño:  
ni acepta el amor del príncipe,  
ni olvida el del caballero;  
si tenaz se muestra el rey  
no lo es la princesa menos,  
que prefiere pobre choza  
llena de amor y de afecto  
mejor que ricos palacios  
y ser reina en otro reino.

Por eso el padre, verdugo  
de inhumanos sentimientos,  
la encerró en aquella torre,  
con misterioso secreto,  
en soledad angustiosa,  
en estrecho cautiverio,  
para lograr por la fuerza  
lo que no logró el afecto.

## IV.

Un día ya no se oyó  
aquel canto de sirena  
con que la «Loca» lloraba  
su amargura y su tristeza,  
y, «¡pobre loca!», exclamaron,  
llenas de lástima y pena  
las gentes, porque creían  
que la princesa era muerta.

«¡Pobre loca, ya no canta!  
¡Su pena acabó con ella!  
¡Pobre loca! Ya cesó  
de dar al viento sus quejas!»

Nadie se acerca a la torre,  
aunque acercarse quisiera,  
que tiene pena de muerte  
el que a la torre se acerca,  
y así no pueden saber  
si la princesa está muerta.

Pero llegaba la guardia  
de relevo y... ¡oh sorpresa!  
vió que la torre tenía  
derribadas sus dos puertas  
y que ya no estaba dentro  
la enamorada princesa;

y vió que en tierra tendidos  
estaban los centinelas,  
tintos en su propia sangre  
ya coagulada y espesa  
que manó de las heridas  
en su corazón abiertas.

— «¡Traición!, exclamó la guardia,  
¡Traición inaudita es esta!  
¡Han matado a los soldados  
y han robado a la princesa!»

Pronto corrió la noticia  
por toda la tierra aquella,  
y, «¡pobre loca!» exclamaron:  
¡ya se le acabó su pena!  
Y las gentes presintieron  
el final de la tragedia,  
y en sordo rumor corría  
la suerte de la princesa:  
«¡Que ha venido a libertarla  
su amante y huyó con ella!»!

• • • • •  
Ya no sale de la torre  
aquella canción tan tierna  
con que lloraba la «Loca»  
su amargura y su tristeza.

Y ya en la noche callada  
no se oyen las tristes quejas

que la princesa cautiva,  
como consuelo a su pena,  
daba llorando a los vientos  
para que su amor la oyera.

. . . . .

Su amor escuchó su llanto  
y ha venido a socorrerla

V.

Hoy se encuentra abandonada,  
azotada por los vientos  
y por el mar combatida  
la torre que en otro tiempo  
de la «Loca enamorada»  
fué terrible cautiverio;  
solo las aves nocturnas  
tienen albergue en su seno

Nadie se acerca a la torre,  
que ahora les infunde miedo;  
pues aunque no hay centinelas  
que prohiban el acceso,  
hay voces, ruidos extraños,  
gritos, ayes y lamentos  
que se oyen por las noches  
en el augusto silencio.

Las gentes supersticiosas dicen que vagan por dentro las almas de los soldados que quedaron allí muertos y que de noche renuevan la lucha que sostuvieron con los fieles servidores del amante caballero que libertó a la princesa de su amargo cautiverio.

Por eso se escuchan voces, golpes, quejidos, denuestos, chocar de espadas y lanzas, maldiciones e improperios; y a la «Torre misteriosa» nadie se acerca por miedo.

~~~~~  
Nadie se acerca a la torre  
que ahora las infunde miedo;  
pues cuando no hay centinelas  
que prohiban el acceso,  
hay voces, ruidos extraños,  
gritos, ayes y lamentos  
que se oyen por las noches  
en el augusto silencio.



© 1980 - 1981 - 1982 - 1983 - 1984 - 1985 - 1986 - 1987 - 1988 - 1989 - 1990 - 1991 - 1992 - 1993 - 1994 - 1995 - 1996 - 1997 - 1998 - 1999 - 2000 - 2001 - 2002 - 2003 - 2004 - 2005 - 2006 - 2007 - 2008 - 2009 - 2010 - 2011 - 2012 - 2013 - 2014 - 2015 - 2016 - 2017 - 2018 - 2019 - 2020 - 2021 - 2022 - 2023 - 2024 - 2025

La Gruta del Miedo

**LA GRUTA DEL MIEDO**

En la noche oscura  
de la gruta del miedo  
se escuchaban  
susurros y ruidos  
que hacían temblar  
a los que allí se  
encontraban.  
Los hombres  
se miraban  
con miedo  
y se preguntaban  
qué cosa era  
lo que allí  
había.  
Pero nadie  
podía verlo  
ni escucharlo  
ni tocarlo.  
Solo se podía  
sentir su  
pesado  
y frío  
aliento.

Las gentes superabundantes  
 dicen que vagan por dentro  
 los albos de los soldados  
 que quietos en el silencio  
 y que de noche se levantan  
 de la cama que los cubren  
 para ir a la guerra  
 y volver con el dolor  
 que les trae el dolor  
 que les trae el dolor

DE GRUTA DEL MONTE



## La Gruta del Miedo

En una abrupta montaña,  
bajo un bosque muy espeso  
hubo una cueva profunda  
llamada «Gruta del Miedo».  
Por entre peñas y quiebras,  
por hondonadas y cerros,  
entre malezas oculto  
iba un estrecho sendero  
que a la cueva conducía  
que el vulgo llamó del Miedo.  
Cuentan las crónicas viejas  
y cuentan los hombres viejos  
que al acercarse la noche,  
cuando se viste de negro  
crespón tupido la tierra  
y de estrellas viste el cielo,

en las claras de verano  
como en las negras de invierno,  
salían de aquella gruta,  
como de infernal engendro,  
juguetonas y medrosas,  
sombras, figuras, espectros  
que al rededor de la cueva,  
andaban de merodeo  
aguardando la llegada  
de algún infeliz viajero.

Jamás acertó a pasar  
por aquel antro pequeño  
ni el valiente paladín,  
ni el audaz aventurero,  
sin que al llegar a la cueva  
no salieran a su encuentro  
las turbas de malandrines,  
enanos y contrahechos  
haciendo retroceder  
al audaz aventurero  
que se atrevía a llegar  
frente a la Cueva del Miedo.

—«¡Alto!» gritaba al instante  
un gigante, a cuyo imperio  
la turba de malandrines,  
pajecillos y escuderos  
ciegamente obedecía  
cuando elevaba su cetro.

— «¡Alto!» gritaba confuso,  
entre turbado y sereno  
el viajero sorprendido  
ante aquel fúnebre encuentro.

— «Vuélvase atrás, y no sea  
»temerario el caballero  
»si no quiere perecer  
»en lance cruel y funesto  
»víctima de su arrogancia  
»y su osado atrevimiento;  
»pues no ha habido ser humano  
»que haya logrado su empeño  
»de atravesar mis dominios  
»desde que brilla el lucero  
»hasta que el astro del día  
»ilumina este hemisferio.

«¡Alerta! ¡Sus!» continuaba,  
y las turbas al momento,  
al visitante importuno  
encerraban en un cerco  
al mismo tiempo que todos  
desenvainaban su acero.

Y cuentan los cronicones  
que si insistía en su empeño  
de llegar hasta la cueva  
sin descubrir el secreto  
revelando la consigna  
que deshacía el misterio,



a manos de aquella turba  
pagaba su atrevimiento  
al levantar el gigante  
su dorado y roto cetro;  
y así se dice que muchos  
en aquel sitio murieron.  
Los que no eran tan tenaces,  
tan arrogantes o tercos,  
ante la actitud aquella  
de los mágicos espectros  
volvieron por su camino  
contando el raro suceso  
a las gentes de la aldea  
que por tal causa pusieron  
a aquella gruta los nombres  
de Gruta o Cueva del Miedo.

## II.

Pero es el caso que un día  
un apuesto caballero,  
jinete en un corcel blanco,  
tomaba el camino estrecho  
que a la cueva conducía  
llamada Gruta del Miedo.

Es gentil, galán, airoso,  
con ribetes de guerrero,  
con airón, casco y espada,  
coraza, puñal y peto.



Picando espuela al caballo  
camina por el sendero  
sin que nada le detenga  
en su pretendido empeño:  
ni la noche tenebrosa  
ni el rigor del duro cierzo,  
ni las hablillas que al vulgo  
infundían tanto miedo;  
llevaba en el alma amores  
y en el corazón los celos.

Al llegar junto a la cueva,  
— «¡Alto!» grita desde lejos  
el gigante Soberano  
de aquél escuadrón de engendros.

— «¡Alto!» contesta el galán  
erguido, apuesto y sereno.

— ¿La consigna?

— Cetro roto.

— ¡Bien venido, caballero!  
Y aquél escuadrón de magos,  
de fantasmas y de espectros  
rindió al momento las armas  
hasta tocar en el suelo,  
mientras compulsa el gigante  
el cetro del caballero  
con el medio que él tenía,  
como emblema de su imperio.

Le dejan el paso franco;  
él se adelanta sereno  
por en medio de la turba  
y con aquel medio cetro  
toca la roca que cubre  
aquella Cueva del Miedo,  
y ante aquel mago conjuro  
se abre de repente el hueco,  
y sale una hermosa mora  
de linda cara, ojos negros,  
y sobre su blanca veste  
tendido y suelto el cabello  
como si fuera una hurí  
del Paraiso agareno,  
que avanza majestuosa,  
trémula y con paso lento  
para arrojarse en los brazos  
de aquel valiente guerrero.

El la monta en su corcel  
y estampa en su mano un beso;  
cierra el gigante la cueva  
y a la mora entrega el cetro.  
Pica el galán al caballo  
que ligero como el viento  
se ocultó entre las montañas  
con la mora y el guerrero,



Los malandrines y enanos,  
histriones y contrahechos,  
el gigante y los fantasmas,  
todos desaparecieron  
desde que la linda mora  
salió de su encantamiento.

## III

Al cabo de alguno años  
encontraron en el hueco  
de aquella medrosa gruta  
este auténtico letrero:

«Estuvo encantada aquí  
• la fija de un sarraceno,  
• la más hermosa doncella  
• que entre las moras se vieron  
• e que llamaban Aljaima,  
• Aljaima la de Toledo.

«Su padre que era el califa  
• la castigó a encantamento  
• por una traición que fizo  
• en contra dél e su reyno,  
• e enojado la maldijo

«e la encerró en este hueco  
 «asta que aquí la encontrara  
 «el su amante caballero.  
 «Ella al saber el castigo  
 «rompió de su padre el cetro;  
 «se quedó con la mitad  
 «ella, e mandó el otro medio  
 «al su amante, porque fuera  
 «la consigna del su encuentro.»

# Azucena La Zagala

## AZUCENA LA ZAGALA

que la flor de la azucena  
se desmenuja y se desmenuja  
y se desmenuja por el valle y por el río.

que una linda casita  
de las montañas alagada,  
sostenida por las flores  
y sostenida por las aguas.

que es un edén de venturas  
donde reina una zagala,  
hecha de nieve y de rosa,  
que es la flor de aquella casa.

«Se la encerró en este hueco  
 «esta que aquí la encontrara  
 «el su sobrino caballero,  
 «ella al saber el castigo  
 «rompió de su padre el celoso  
 «el ropaje que él le dio  
 «y se quedó con la pata  
 «ella, a mandó al otro medio  
 «y se fue a su casa, por que fuera  
 «y se fue a su casa, por que fuera

ANUNCIA DA NADABA



# Azucena La Zagala

## I.

Junto a la clara corriente  
que baja de la montaña  
y es plateado arroyuelo  
cuando por el valle pasa,

hay una linda casita  
de los vientos abrigada,  
perfumada por las flores  
y arrullada por las aguas,

que es un edén de venturas  
donde reina una zagala,  
hecha de nieve y de rosa,  
que es la flor de aquella casa.

Es bella como ninguna  
doncella de la comarca:  
joven, de decir gracioso,  
y de encendida mirada,

cuyos ojos chispeantes  
son dos puñales que matan,  
y cuyo negro cabello  
hace su cara más blanca.

Es como la aurora, limpia,  
y como una flor, lozana:  
una perla que la concha  
de aquella casita guarda.

Pero si es hermosa y bella,  
es más hermosa su alma,  
que tiene la fe por guía  
y las virtudes por gala.

Es honesta, vividora,  
sencilla flor delicada,  
a quien el campo le presta  
su belleza y gentil gracia.

No conoce más amor  
que el de su padre, y le basta;  
por él solo se desvela,  
y por él vive y trabaja,

desde que asoma en Oriente  
la primera luz del alba,  
hasta que la noche cubre  
con negro crespón su casa.

¿Su madre..? ¡No tiene madre..!  
¡Pobre niña desgraciada..!  
¡Cuando ella nació a la vida  
su madre la abandonaba!

La muerte fiera y traidora  
clavó en la madre sus garras  
y llenó de pena y llanto  
aquella casita blanca.

El padre que vió deshecha  
la alegría de su casa,  
muerta la madre, en su hija  
puso toda su esperanza.

Y como una flor hermosa  
que en aquel campo brotara,  
la llamó su padre Flor,  
y Flor la niña se llama.

Pero la gente que admira  
su belleza extraordinaria  
la conoce con el nombre  
de «Azucena la Zagala».

Hoy cuenta ya veinte abril  
y es flor del campo lozana,  
que el edén de su casita  
con su perfume embalsama.

Por ella vive su padre,  
por ella sólo se afana.  
Si no viviera su Flor...  
él tanto no se afanara!

Ella cuida su ganado  
mientras él la tierra labra:  
un pedacito de tierra  
que le dá el pan de su casa.

Ella endulza la amargura  
que sufre dentro del alma;  
ella le presta a su vida  
el calor que le hace falta.

Ella es todo su cariño,  
ella es toda su esperanza,  
ella, en fin, es su alegría,  
la alegría de su casa.

---



II

En la florida ribera  
del plateado arroyuelo  
Azucena la Zagala  
guardando está sus corderos.

Es ya mediada la tarde;  
y a la sombra de un almendro  
sentada está la mocita  
hilando lino moreno.

De pronto observa la moza  
que se espantan sus corderos,  
y que a carrera tendida  
viene un caballo sin freno,

con montura, sin jinete,  
jadeante, hinchado el belfo,  
dando fuertes resoplidos  
que es de espanto signo cierto.

Se levanta sorprendida  
y detiene a sus corderos,  
al mismo tiempo que escucha  
como lejanos lamentos,

voces dolientes mezcladas  
con los ladridos de un perro  
que al parecer presagiaban  
algún funesto suceso.

Llevada la pobre niña  
de sus nobles sentimientos  
se encaminó hacia el lugar  
de los ayes lastimeros

y al llegar vió entre las peñas,  
tendido inerte en el suelo,  
herido y ensangrentado  
un hombre ya medio muerto.

Es joven, y tiene el mozo  
rasgos de agraciado aspecto,  
y algo que hace adivinar  
en él un noble abolengo.

Al pié del herido estaba  
en triste actitud un perro,  
como pidiendo socorro  
con aullidos lastimeros.

Se acerca entonces la moza  
y habló al herido con miedo  
para cerciorarse bien  
si vive aún o está muerto.

Abrió el herido los ojos,  
de su desmayo volviendo,  
y al ver cerca a la zagala  
le dijo con triste acento:

«¡Socórreme, niña hermosa!  
¡Socórreme...que me muero..!»  
-No temais, dijo la niña:  
No temais, noble mancebo.

¡Virgen Santa, qué desgracia!  
¡Dadme valor, santos Cielos!  
¡¡¡Virgencita de la Luz,  
que no muera el caballero!!!»

Y acercándose al herido,  
de rodillas en el suelo,  
limpió la sangre caliente,  
ágil, resuelta y sin miedo,

y le vendó las heridas  
con blanquísimo pañuelo  
que, cubriendo su justillo,  
llevaba sobre su cuerpo.

Mientras ella le curaba,  
agradecido el podenco,  
lamía la blanca mano  
que está curando a su dueño.

Dió de beber al herido,  
que estaba calenturiento,  
dirigiéndole palabras  
de esperanza y de consuelo.

«Esperad, señor, ahora,  
dijo la niña al mancebo:  
voy a llamar a mi padre  
que no está de aquí muy lejos,

y en nuestra pobre casita  
humilde albergue os daremos  
y allí os curaré mejor  
con bálsamo que yo tengo.»

Llamó Azucena a su padre,  
que no tardó mucho tiempo,  
y entre los dos a su casa  
condujeron al enfermo.

Allí le prestó cuidados  
Azucena al caballero  
llenos de amor y ternura,  
y de sacrificios llenos.

El caballero reposa  
en un blanquísimo lecho;  
y por cuidar al herido  
la niña duerme en el suelo.

Bálsamo puso en la herida  
que con cuidados extremos  
lavó y curó muchas veces  
con ternura y con afecto.

Pero el bálsamo mejor  
que dió al afligido enfermo  
la bella y noble zagala  
fué el bálsamo del consuelo.

---

### III

Bajo el toldo de la parra  
que de la casa a la puerta  
en el cálido verano  
sombra y frescura le presta,

sentado está el cazador  
con la zagala Azucena,  
dando principio a un idilio,  
que es natural consecuencia

de la conducta de Flor  
y de su rara belleza,  
y del noble sentimiento  
de una gratitud eterna.

El cazador va curando  
y está de peligro fuera,  
por eso esta agradecido  
y Azucena sastifecha.

En el suelo está el podenco  
junto a los pies de Azucena,  
y el caballo desbocado  
paciendo está en la ribera.

El padre cuida el ganado  
desde que asiste Azucena  
al herido cazador  
que hallaron entre las peñas.

El cazador le ha contado  
la causa de aquella escena...  
¡A fé que estuviera muerto  
si no lo socorre ella..!

Le dijo cómo cazando,  
por perseguir a una fiera,  
a carrera en su caballo  
se internó solo en la sierra;

pero al llegar a aquel sitio  
salió de entre aquellas breñas  
de pronto un corzo ligero  
que emprendió rauda carrera,

y se espantó su corcel,  
perdió estribo y cayó a tierra;  
sufrió una herida, un desmayo,  
y después... nada recuerda,

hasta que a su lado vió  
a la zagala Azucena  
que le curó sus heridas  
como sabe curar ella.

¡Con qué pudiera pagarle  
acción tan noble y tan buena,  
si le ha devuelto la vida  
que estaba para perderla!

En grata conversación  
están los dos a la puerta  
de la casita una tarde  
de florida primavera.

La zagala está muy triste,  
llena de angustia y de pena,  
porque el cazador curado  
se va a marchar a su tierra.

El caballero también  
siente dejar a Azucena;  
y es que Amor, niño travieso,  
ha lanzado sus saetas.

Después de un silencio breve  
lleno de amarga tristeza,  
el cazador a la niña  
habló de esta manera:

«Caminando por el campo  
encontré una flor muy bella,  
como una rosa, gentil,  
pura, como una azucena,

que con su aroma me dió  
vida cuando iba a perderla;  
y esta vida que yo tengo  
se la debo a Dios y a ella.

Su aroma me reanimó,  
me cautivó su belleza,  
su hermosura me embriaga,  
su pureza me recrea.

Agradecido y cautivo  
de tan bellísimas prendas,  
me incliné sobre la flor  
y quise... ¡ay de mí!, cogerla.

Pero aunque no tiene espinas,  
porque se llama Azucena,  
ví que tenía en el campo  
mucho arraigo y mucha fuerza,



Tú eres la flor que encontré  
en el campo entre las peñas;  
a tí te debo mi vida,  
tú eres mi flor, Azucena.

Flor que en el campo se cría  
de tanta gracia y belleza  
merece ser trasplantada  
a otro jardín, a otra tierra,

donde tenga otro cultivo,  
donde brille su pureza,  
donde sea por amor  
de las otras flores reina.

Dame tu amor, zagalilla,  
Flor de esta hermosa ribera,  
y vendrás a mi palacio  
a ser de mi casa dueña.»

El cazador a la niña  
mira, y su respuesta espera.  
La zagala ruborosa  
triste le dió esta respuesta:

«Custodiando mi ganado  
al pié de la abrupta sierra,  
encontré un clavel hermoso  
un día de primavera.

Tenía el color de sangre  
y aspecto de gentileza..  
¡y se hallaba agonizando..  
porque cayó en mala tierra..!

Yo le presté mis cuidados  
sin esperar recompensa,  
y le detuve la vida  
que escapaba por sus venas.

Lo trasplanté con esmero  
de entre las peñas y quiebras,  
y trayéndolo a mi choza  
le dí mi mejor maceta.

Lo cuidé por varios días  
llena de lástima y pena,  
y verle cobrar vigor  
mi mayor anhelo era.

El clavel así cuidado  
recobró su gentileza,  
y un día amoroso y tierno  
pidió amor a su enfermera.

Vos sois, gentil cazador,  
el clavel que entre las peñas  
encontré herido de muerte  
porque cayó en mala tierra.

Y yo fuí por dicha mía  
la que alivió vuestra pena  
y os asistió con desvelo  
sin esperar recompensa.

Hoy le brindais vuestro amor  
a la silvestre azucena;  
pero Azucena no puede  
salir de aquesta ribera.

Gracias, galán caballero;  
pero mi dicha es completa  
con saber que os hice bien  
y os salvé de muerte cierta.»

— «No desprecies, no, mi amor,  
dijo el galán a Azucena:  
que no ha de ser mala esposa  
quien tiene tan bellas prendas.»

Ven conmigo a mi palacio  
y tú serás la condesa;  
que ha de ser buena señora  
la que es tan buena doncella.»

— «¿Vos, sois conde, caballero?  
dijo extrañada Azucena:  
¡Bien al veros se adivinan  
vuestro porte y gentileza!»

Por eso me humilla más  
que vuestra nobleza quiera  
elear a vuestro rango  
a quien no es más que una sierva.

No os desprecio, señor conde;  
quien bien ama no desprecia;  
pero quien poco ambiciona  
con poco está sastifecha.

Soy Flor en esta casita,  
y reina de esta ribera;  
dejad los ricos palacios  
para quien con ellos sueña.

Que una humilde zagalilla,  
a quien la ambición no ciega,  
tal vez libre en este campo  
viva mejor que entre sedas.»

— Mejor tu humildad me agrada  
que la arrogante soberbia  
de las damas de mi rango  
cuya ambición no se llena.

Busco una mujer amante,  
trabajadora, discreta,  
que sepa ser buena esposa,  
y en tí la encontré, Azucena.

No me niegues ya tu amor,  
ni invoques más tu modestia;  
pobre y humilde te quiero  
mejor que rica y soberbia.

Y si sigues en tu afán  
y mi tierno amor desprecias,  
aunque curaste mi herida  
me dejas el alma enferma.

Sueña mi amor con el tuyo  
y en tí mi amor se recrea;  
en tí pienso, por tí vivo,  
y en tí mi amor se embelesa.

Yo te ofrezco, pues, mi mano;  
dame tu amor, Azucena;  
que tú has de ser en mi casa  
la esposa, la madre y reina.

¿Me quieres, bella zagala?  
Dime que sí, mi condesa,  
y no mates mi ilusión  
que voy a morir de pena.»

Bajó la niña los ojos  
y quedó un rato suspensa,  
y entre confusa y humilde  
le dijo de esta manera:

«Nunca turbó mi reposo  
palabra más halagüena;  
jamás sentí yo el amor  
hasta que aquí os conociera.

Y al oír vuestras palabras  
mi amor sincero os confiesa,  
que cuando de aquí marcheis  
también moriré de pena..!

«Pero marchad, señor conde,  
aunque yo de pena muera,  
que nací para zagala  
y no puedo ser condesa.

Que aquí en el campo en que vivo  
tengo mi mayor riqueza:  
mi hogar, mi huerto, mi padre  
y mi rebaño de ovejas.

«Aromas me dan las flores  
que esmaltan esta ribera;  
el arroyuelo frescura,  
los vientos mi cuerpo olean.

Música me dan las aves  
que con su canto me alegran,  
y ya me darán amores  
los pastores de la aldea.

Ese es mi rango y mi alcurnia,  
esa es toda mi nobleza.  
¡Marchad, marchad, señor conde,  
aunque me muera de pena!»

La niña escondió su rostro,  
porque el conde no la viera...  
¡Lloraba la zagalilla...  
lloraba lágrimas tiernas..!

— «Lloras porque desconfías  
de mis sinceras promesas?  
¡No me conoces si lloras  
por desconfianza, Azucena!

Comprendo que te resistas,  
comprendo que tú no quieras  
si crees que no he de cumplir  
mi enamorada promesa.

Pero te juro, zagala,  
que mi palabra es sincera,  
y que mi amor es honesto,  
y que mi intención es buena.

Y de rodillas te juro  
que volveré a esta ribera  
para llevarte a mi hogar  
y proclamarte condesa,

¿Me crees, hermosa zagala?  
Ya me creerás, Azucena,  
cuando pasado algún tiempo  
a pedir tu mano venga.»

Esto dijo el cazador,  
y al decirlo su voz tiembla.  
La niña sigue llorando  
llena de emoción intensa.

Movió el podenco la cola  
y enderezó las orejas,  
y dando un corto ladrido,  
y haciendo varias zalemas,

salió al encuentro de un hombre  
que hacia la casa se acerca:  
era el dueño de la casa,  
el padre de la doncella.

Hizo un discreto silencio  
la enamorada pareja  
y así terminó el idilio  
entre el conde y Azucena.

---



IV.

Lavando está en la corriente  
del arroyo plateado  
Azucena la zagala  
una tarde de verano.

Cerca de ella en la ribera  
paciendo está su ganado  
que, al mismo tiempo que lava,  
ella lo está custodiando.

¡Qué triste está la mocita  
que era la gala del campo!  
Es que Amor lanzó una flecha  
y el alma le ha traspasado.

¡Cuántas veces en el conde,  
cuántas veces ha pensado  
desde que él le prometió  
venir a pedir su mano!

Y aunque ya algunas misivas  
con un propio le ha enviado;  
y aunque un vestido de seda  
le ha mandado de regalo,

duda la zagala a veces  
si será un amante falso  
y si estará siendo objeto  
de algún fementido engaño.

Y aunque en todas las misivas  
que el cazador le ha enviado  
le repite la promesa  
de venir en el verano,

ya le parece que tarda,  
y ya va desconfiando;  
pero también es muy cierto  
que ella no aceptó su mano.

Ella se quedó con pena,  
y fué su mayor quebranto  
ver marchar al cazador  
que tanto amor le ha jurado.

Y el cazador es su sueño,  
y el cazador es su llanto,  
y en él piensa noche y día,  
y en él está ahora pensando.

Y aunque no se hizo ilusiones,  
porque no aceptó su mano,  
cuando Amor lanza sus flechas  
no se vé más que al amado.

Por eso es su pesadilla  
en su casa y en el campo,  
ya esté ociosa, ya ocupada,  
ya despierta, ya soñando.

Pensando en él está ahora  
mientras lava en un remanso  
que hace la clara corriente  
del arroyo plateado,

cuando de pronto divisa  
que viene gente a caballo  
por el áspero sendero  
que a la montaña abre paso.

Sintió la niña un ahogo  
en el pecho, un sobresalto,  
y creyó caer al agua  
víctima de algún desmayo.

Y es que presintió la niña  
lo que ella estaba esperando;  
porque el corazón presente  
cuando se halla enamorado.

Y como los ojos son  
cristales de aumento a ratos,  
conoció a larga distancia  
al cazador y al caballo.

Cogió su ropa en seguida  
y congregó su rebaño,  
y lo llevó en un momento  
a la majada a encerrarlo.

El sol llegaba al Poniente,  
lanzando tímidos rayos  
y teniendo el horizonte  
de un vivo matiz morado.

Entró Azucena en su casa,  
y llena de sobresalto,  
nerviosa, azorada, inquieta,  
volvió a mirar hacia el campo

y vió ya a corta distancia  
tres jinetes a caballo  
que, saliendo de la sierra,  
iban en el valle entrando.

Volvió a entrar la moza en casa,  
y volvió a salir al campo,  
y volvió a entrar otra vez  
para encerrarse en su cuarto

y esperar allí escondida,  
por la ventana observando,  
la llegada de su amante  
que viene a pedir su mano.

---

V.

Brilla la luna en el cielo  
con resplandores de plata,  
y reverbera su rayos  
en el cristal de las aguas.

La fantástica ribera  
por la luna iluminada  
en esta noche parece  
más sublime, más fantástica.

Noche de amor y de ensueño,  
noche de verano cálida;  
corre una brisa suave,  
suena el rumor de las aguas.

Ni el monótono cantar  
de los grillos y las ranas,  
ni el chillar de los mochuelos,  
ni el canto de las cigarras

interrumpen el idilio  
que a la puerta de la casa  
tiene lugar entre el conde  
y Azucena la zagala.

Idilio de enamorados  
y de dulces memoranzas  
que los dos jóvenes tienen  
bajo el toldo de la parra,

más vehemente, más intenso,  
que el de aquella tarde amarga  
de la triste despedida  
del conde de aquella casa.

Con el padre de Azucena  
están, a honesta distancia,  
los hombres que al joven conde  
le sirvieron de compañía.

Son dos criados leales,  
los más viejos de su casa,  
que a todas partes le siguen  
y que siempre le acompañan.

Ellos están sosteniendo  
también animada charla  
por no impedir el coloquio  
entre el conde y la zagala.

Estos dos hablan de amores,  
de dichas, de bienandanzas,  
del risueño porvenir  
que el Cielo a los dos depara,

Aquellos hablan del campo,  
del ganado, de la caza,  
de la riqueza que tiene  
del conde la noble casa.

Ya le habló el conde al llegar  
al padre de la muchacha  
y han concertado la boda  
para el día de Santa Ana.

Que el conde no tiene padres,  
y ese día es en su casa  
día de gratos recuerdos,  
una fecha señalada,

porque la madre del conde  
Doña Ana se llamaba;  
por eso quiere casarse  
en el día de Santa Ana.

Azucena se resiste,  
confusa y avergonzada,  
a ser esposa de un conde  
por su pobreza y crianza,

aunque bien merece serlo  
por su belleza y su gracia,  
por su gran inteligencia,  
por su porte y su elegancia,

por su gentil señorío,  
por sus formas delicadas,  
por su viveza y donaire,  
por las dotes de su alma.

Azucena quiere al conde,  
mas no le da su palabra;  
y el Conde triste y quejoso  
así a la niña le habla:

«Dame tu amor, Azucena,  
que la pena  
va a matar mi corazón;  
no dudes, ni seas esquiva  
y haz que viva  
en mi soñada ilusión.

Mira que tu amor prefiero  
y que muero  
si no consigo mi bien;  
que es muy triste y es muy dura  
la amargura  
que me causa tu desdén.

Que ante tu gracia y belleza  
mi nobleza  
quedó rendida de amor;  
y yo sé que tu me quieres,  
mas prefieres  
que yo te deba el favor.»



La niña al oír del conde  
las amorosas palabras  
le contestó lo que sigue,  
ruborosa y humillada:

Si habeis de morir de pena  
y Azucena  
puede la muerte impedir,  
yo evitaré vuestra muerte,  
y mi suerte  
a la vuestra habré de unir.

Teneis razón, caballero,  
que prefiero  
que me debais el favor;  
pues nunca soñado había  
que sería  
un señor conde mi amor.

Pero que son verdaderas  
y sinceras  
vuestras promesas ya ví,  
cuando amoroso y galante,  
anhelante  
habeis venido por mí.

¡Señor conde, vuestra soy  
desde hoy,  
y siempre vuestra seré;  
que ante vuestra gentileza  
y nobleza  
también rendida quedé!»

Emocionada la niña  
sintió que su voz temblaba,  
y que a sus ojos saltaron  
temblorosas tiernas lágrimas.

.....

Llegada la media noche  
se dispusieron en marcha  
el conde y los dos criados  
más leales de su casa.

¡Qué triste la despedida  
entre el conde y la zagala!  
¡Qué triste, a la vez que llena  
de promesas y esperanzas!

La luna brilla en el cielo  
con resplandores de plata,  
y reverbera su rayos  
en el cristal de las aguas.

Por el áspero sendero  
que abre paso a la montaña  
van los criados y el conde  
caminando hacia su casa.

Van entre sí sosteniendo  
los tres animada charla,  
porque el joven conde lleva  
llena de amores el alma.

Azucena los ha visto  
desde la puerta de casa  
hasta que se han ocultado  
tras de la abrupta montaña.

La fantástica ribera  
por la luna iluminada  
a Azucena le parece  
más sublime, más fantástica.

## VI

Volvió el conde a la ribera  
la víspera de Santa Ana  
con gran acompañamiento  
de caballeros y damas.

Y lleváronse a Azucena  
de aquella casita blanca  
para ser al otro día  
con el conde desposada.

Iba vestida la novia  
con lujosísimas galas,  
y en un caballo enjaezado  
gentilmente iba montada.

A sus lados van el conde  
y el padre de la zagala,  
y detrás, como cortejo,  
los caballeros y damas.

Pero al dejar la ribera  
y su linda casa blanca. . .  
¡triste lloraba la niña,  
triste en silencio lloraba!

Al otro día siguiente  
ante el altar de Santa Ana  
el conde llamaba esposa  
a Azucena la zagala.

Hubo en la casa condal  
festejos, músicas, danzas,  
y Azucena por el conde  
fué condesa presentada.

Con respeto la acataron  
los servidores de casa,  
con envidia y con recelo  
la recibieron las damas.

Pero ella se hizo estimar  
por su belleza y su gracia,  
por su gran inteligencia,  
por su porte y su elegancia,

por su gentil señorío,  
por sus formas delicadas,  
por su viveza y donaire,  
por las dotes de su alma.

. . . . .

Y fué muy feliz el conde,  
y Dios bendijo su casa,  
según nos cuenta la historia  
de Azucena la Zagala.

FIN

## A los jóvenes lectores.

Amable lector o lectora: Los pequeños poemas que acabas de leer han sido escritos para proporcionarte unos momentos de honesto solaz y agradable esparcimiento de ánimo.

Con ellos te he brindado una literatura pobre, por ser mía, y muy distinta de esa literatura modernista, afeminada y sensual, que estraga hoy el gusto artístico y corrompe los sentimientos morales de la juventud inexperta.

Ni mi fé de católico creyente, ni mi condición de sacerdote, ni mi conciencia, ni mi entusiasmo por la poesía clásica, me permitirían ofrecerte el veneno de la inmoralidad que en copa de oro te ofrece esa otra literatura pornográfica e impía, sino lo que he intentado ofrecerte: miel de buenos y nobles sentimientos, de honestos amores y de bellas acciones, aunque servido en rústica copa de sencillo pero transparente y limpio cristal.

Con la publicación de estos poemas he intentado de-

mostrarte que se puede escribir agradablemente de amores, para entretenerte honestamente, sin apelar a esas escabrosidades de mal gusto, ni a escenas inmorales que hacen perder al amor todo su encanto, que es la honestidad y el pudor; que sonrojan el rostro de los lectores, que ultrajan nuestros sentimientos, y ofenden nuestra sensibilidad al contemplar lo inmoral que, por serlo, no tiene cabida dentro de la belleza.

Si estos poemas han sido de tu agrado; si con ellos te he proporcionado unos momentos de honesto solaz y esparcimiento de ánimo, habrá logrado su intento y se dará por satisfecho y pagado tu afmo.

### El Autor.





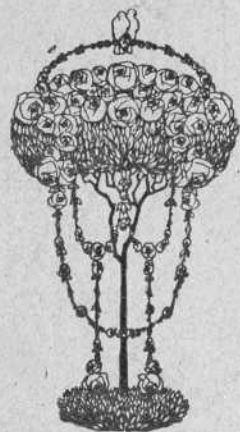
## I N D I C E .

|                             | <u>Pág.</u> |
|-----------------------------|-------------|
| El Amor.....                | 5           |
| El Príncipe Juglar .....    | 15          |
| El Pajecillo y la Dama..... | 27          |
| La Torre Misteriosa.....    | 43          |
| La Gruta del Miedo.....     | 57          |
| Azucena la Zagala.....      | 67          |









{ DOMINGO SIERRA }



precio: TRES pesetas.

G 21323